

cómodos para la estacion del calor, pero de ningun modo agradables en el invierno. Las carretas y carros son mui fuertes, cualidad esencial para los caminos que tienen que atravesar. Las diligencias son mas pesadas y menos cómodas que las de Francia (\*), que con las de Inglaterra no pueden compararse en cosa alguna (\*\*). No ví un arnés que debiera llamarse hermoso, ni creo que se encuentre en toda la federacion un tren completo con los caballos, el carruage, los arrees y los criados en harmonía. Los trineos son deliciosos, y se fabrican á tan poca costa, que es extraño que no tengamos todos en Inglaterra nuestro trineo para la estacion del hielo, que suele durar bastante en nuestro pais, y á veces nos permitiria emplearlo una buena temporada. En los Estados-Unidos se sirven de ellos con mas frecuencia de noche que de dia, costumbre cuya razon nunca pude saber, como no sea porque á nadie se ve desocupado por la mañana: y ciertamente no hai diversion mas agradable que la de correr, el cuerpo bien cubierto de pieles

(\*) Y por consiguiente mucho mas que las de España, donde las pocas que hai son buenas y estan bien servidas.

(\*\*) En efecto seria difícil comparar con exactitud los caminos y diligencias de cualquiera otro pais con los caminos y diligencias de Inglaterra, que son lo mejor que se conoce en uno y otro ramo.

suaves, en un trineo que se desliza con la rapidéz de una flecha, con una luna que brilla casi como el sol de mediodia, cortando un aire transparente y puro, y haciendo centellear la nieve como si estuviera sembrada de diamantes. Y luego el movimiento silencioso de los caballos tan mágico y extraño, y el sonido dulce de las campanillas que se encuentran y llevan, todo contribuye á calmar el corazon y excitar el ánimo: en una palabra, yo no desaprobaba el correr por la noche, solamente que hubiera querido correr de dia tambien.

Casi todos los habitantes del campo tienen un carruage que llaman « carryall, » es decir: *llévalo-todo*, nombre segun sospecho tomado de la cariola ó carriola (\*) que tantas veces se menciona en el lindo romance canadense de Emilia Montagu. Su construccion es bastante tosca, pero está perfectamente dispuesto con su cielo macizo y sus cortinas de quita-y-pon para cualquiera especie de excursion de verano.

Los vapores del Norte de América serian deliciosos para viajar, si se introdujeran algunas mejoras en las disposiciones sociales, pero

(\*) En nuestra lengua se designa con el nombre de carriola un carruage abierto de tres ruedas en que la familia real solia presentarse en público. En los Estados-Unidos se llama asi una especie de calesin ó silla volante.



rara vez se emplean para excursiones de mera diversion. Tampoco me acuerdo de haber visto botes ni barcos de recreo, que en realidad lo fueran, en ninguno de los muchos parages en que podrian usarse con tanta seguridad como placer.

¡Cuántas veces me se ocurría nuestro adagio familiar — « Siempre trabajar y nunca jugar volverán tonto á Jacobillo! » Jonatan no es tonto, pero es mui insípido y triste. Los Ingleses no son ni con mucho tan joviales como sus alegres vecinos del otro lado del canal de la Mancha, mas si se comparan con los Americanos son unas sonajas, y todos los dias entre ellos son dias de fiesta, y las noches carnaval.

Tal vez se aflojaria un poco la cuerda, si las damas pudieran obrar por sí con independencia; pero es de notarse como una particularidad de sus costumbres que excluye la posibilidad de cualquiera peligrosa infraccion de semejante especie, el que pocas señoras disponen del dinero porque, no se lo confían. Yo he presenciado cien veces, estando en compañía de señoras mui acomodadas y que vivian con el mayor desabogo, que habiéndoles llevado cuentas hasta de un solo peso, no las podian satisfacer por no tener dinero, y enviaban al acreedor á sus maridos para que reclamase el pago. Lo mismo sucede siempre que se trata

de desembolsar inmediatamente cualquiera cantidad, y aun en las compras al contado dicen: — « Mandad la cuenta con las cosas, y mi marido os dará un vale. »

Me parece que fué durante mi residencia en Washington, cuando me informaron de una disposicion gubernamental que es en mi opinion sumamente curiosa, y por lo tanto creo deberla mencionar aquí.

Todo administrador de correos ó « diputado maestro de postas, » como dicen ellos, tiene obligacion de remitir en su parte una lista de los títulos de todos los diarios que recibe en su oficina para la distribucion. Esta lista se presenta al secretario de estado, el cual, conociendo perfectamente el carácter político de cada diario, puede calcular por ella el movimiento de todos los miembros de la turba magna. Semejante medida es una invencion mañosa para tener la clave de las opiniones en la mano en un pais, donde la lectura de los periódicos es una parte del pan nuestro de cada dia, pero ¿ conviene enteramente con su absoluta libertad? Yo no creo que en Inglaterra tengamos esas trampas, para arreglar la distribucion de empleos y de sueldos.

Si mal no me acuerdo, fué en la Indiana donde Mr. Trollope vió una noticia ó aviso concerniente al pago de contribuciones, la



cual conservo como un dechado curioso de la manera que tienen los empleados públicos de atraer y convencer á los ciudadanos libres, para que cumplan con las leyes.

« ATENCION DELINCUENTES.

» Los que me son deudores de contribuciones, derechos, notas, gabelas y adelantos son especialmente requeridos á venir y pagar el dia primero, ó antes del dia primero de diciembre de 1828, pues no se tendrá mas indulgencia. Yo he llamado á pagar una y muchas veces, por avisos y de otro modo, con muy poco resultado; pero ahora ha llegado el tiempo en que mi situacion requiere que inmediatamente me paguen los que me deben. Yo no puedo pagar la suma total del duplicado de las contribuciones y mis otras deudas sin cobrarla de los que me la deben. Ni puedo atinar porque no pagan sus contribuciones los que las deben: parece segun la negligencia de muchos que ese dinero se les antoje que es mio, ó que yo tengo lo bastante para sufragar las atenciones del estado, y que puedo esperarlos hasta que les sea conveniente el pagar. Ese dinero no es mio, ni tengo bastante para satisfacer la suma de las contribuciones debidas. Mi único arbitrio es *colectar*; al ponerlo

en planta sentiria mucho tener que valerme de la autoridad que la lei me confiere para hacer efectivo el pago. Debia ser la primera atencion de todo buen ciudadano pagar sus contribuciones, porque asi se sostiene el gobierno. ¿De qué sirve el votar impuestos si no se han de cobrar? Tened por seguro que procederé á recaudar conforme á la lei; asi ya sabeis que obráis avisados.

« JUAN SPENCER,

» *Gerife y colector, D. C.*

» Noviembre 20, 1828.

» *Nota.* El jueves 27 del corriente, A. Saint-Clair y Jorg-H-Dunn, *escuderos* (\*), salen para Indianapolis: yo deseo que los que puedan pagarme, lo hagan, á fin de remitir todo el dinero que me sea posible juntar, para ahorrarle el 21 por ciento que caerá sobre mí el 8 de diciembre próximo.

» J. S. »

El primer otoño que pasé en América, me sorprendió el sentir la vuelta de un calor fuerte y pesadísimo, acompañado de una niebla es-

(\*) Me parece extraño que los republicanos de los Estados Unidos conserven esa calificación aristocrática: *esquire* en Inglaterra es el individuo de la clase que corresponde á la de nuestros hidalgos.



pesa, cuando ya el calor de verano debia darse por enteramente acabado. A ese estado de la atmósfera dan el nombre los habitantes del pais de verano indio, y al comenzar á sentirse dicen: — « Ya vamos á tener encima el verano indio. » Pregunté lo que esa expresion significaba, y me respondieron que el fenómeno llamado *verano indio* es efecto del fuego que los salvajes ponen á los bosques, el cual se propaga, y despide hasta una distancia considerable el calor y el humo que se advierten en el aire. Despues he leído la explicacion siguiente que me parece mucho mas racional. « El verano indio se llama asi, porque en el período particular del año en que se verifica, los Indios se dispersan y rompen sus comunidades de aldeas y rancherías, internándose en el pais, á fin de prepararse para la caza. Esa estacion traza una línea divisoria entre el calor del estío y los hielos del invierno, y por su temple suave es la mas favorable para sus emigraciones. La causa de este calor es la combustion lenta de las hojas y demas materia vegetal de los interminables é ilimitados bosques. Los que han penetrado en lo interior de las selvas en esa temporada, conocen perfectamente todas las circunstancias. El calor se siente en los pies con mucha intensidad, mientras el vapor que sube, calienta todó lo que envuelve, y exten-

diéndose por la ancha atmósfera, llena el ámbito de los cielos de su calor y humo particulares. »

Un calor tan poco natural no podia dejar de producir las enfermedades con que azota á la humanidad el otoño en aquellas regiones. Su efecto, aun en las personas cuya salud general no sufre alteracion alguna, es terrible para los nervios. Yo por mi parte me hallaba mucho peor que con el fuego abrasador de la cañicula.

Poco antes de nuestra llegada á América, el duque de Sajonia-Weimar habia hecho un viaje por los Estados-Unidos. Yo he oido hablar á muchas personas de sus modales llanos y afabilidad natural, sin embargo no pudo escaparse del desagrado que cualquiera vestigio de sentimientos nobles y maneras delicadas produce infaliblemente entre las clases ordinarias de los Americanos del Norte. Para ejemplo divertido de esa antipatía, hice el extracto siguiente de un periódico del pais:

« Un corresponsal de la Gaceta de Villacárlos (Charles-town) nos refiere una anécdota concerniente al viaje reciente del duque de Sajonia-Weimar por nuestro pais, que no nos acordamos de haber oido, aunque se ha contado alguna ocurrencia de igual talante con respecto al verdadero capitan Basilio Hall.



La escena pasó en el camino que va de Augusta á Miledgeville. Parece que el sagaz duque tomó tres ó cuatro asientos, ó mas en la diligencia regular, para su acómodo y el de su familia, y creyó que con eso tenia ya asegurado el monopolio del coche. No tanto como eso, sin embargo; un pasajero se presenta y hace inscribir su nombre en el libro, asegurando su asiento con el pago de los precios ordinarios. Cuando el duque fué á entrar en el coche, se vió con la mayor sorpresa á nuestro pasajero cómodamente instalado en uno de los mejores sitios, envuelto en su *nada-temas*, y roncando como un búfalo. El duque mui irritado reclamó los miramientos, y preguntó en un ingles mui chapurrado la causa de tamaña usurpacion, insistiendo en exigir con un tono mui de príncipe, aunque no con lenguaje mui principal, que el intruso saltara del rincon en que con tanta impudencia se habia acomodado. Pero el duque tenia que aprender su primera leccion de republicanism. El conductor acertaba á ser uno de esos *sureños* sólidos que siempre estan dispuestos á dejar caer su humanidad sobre el primer gato silvestre que les salta á los pies, y con el mismo tono de resolucion dijo al duque que aquél pasajero era tan bueno como él, sino mejor, y que no se moveria una paja, porque no era

posible la mas leve alteracion. El de Sajonia-Weimar se enfureció con esta oposicion á que tan poco estaba acostumbrado y amenazó al buen Juanelo con la aplicacion de su baston. Semejante amenaza es una de las que en el dialecto de Georgia exponen á un hombre á *remar contra corriente en rio salado* (\*); así saltó nuestro conductor de su pescante, y despojándose para el combate, se encaramó en el coche verreando como un jabalí, provocando al príncipe de algunos cinco terrones á que realizara su amenaza. Pero su alteza no quiso aceptar el medio que se le proponia, y se contentó con asegurar al enfurecido *sureño* que, en cuanto llegaran á la capital, daria parte á su excelencia el gobernador. La segunda amenaza fué tan fatal casi como la anterior: el individuo amenazado se exaltó hasta ese punto de rabia, que aunque diferente de la locura, se confunde con ella en lo violento de sus efectos, y mandando al gobernador al . . . . ., juró que por su parte lo mismo le daria de coces al gobernador que al duque, y que no le dieran mas trabajo que pegarles el mismo voleo á duque y gobernador, que lo haria, que estaba cierto, etc., etc.; y plantándole una zarpa en la cara al atónito

(\*) Darse de mogicones.



y aterrado señor, con la otra loempotró en un rincón junto al viajero, cuya presencia habia sido origen del disgusto amargo de su excelencia, y haciendo montar con el malparado amo á los criados, volvió triunfante á su puesto, y continuó su jornada. »

Estoi íntimamente persuadida de que la tal anécdota de brutalidad no chōca menos á las pocas personas cultas y bien educadas que se hallan dispersas por los Estados-Unidos, que á mí; pero si en su opinion no es la *posibilidad* de tales escenas una degradacion nacional, estamos ellas y yo mui distantes de pensar del mismo modo. Los Americanos (hablando de la gran masa) no tienen otras ideas de lo que constituye la diferencia entre ese « príncipe de un remiendo de tierra » y ellos, que las que tiene un caballo de tiro sobre la distancia que lo separa de un caballo de raza vencedor en la carrera. Si el pobre rocin hablara cuando se le quiere hacer que ceda el pesebre mejor á su gallardo rival, diria tal vez : « Un caballo es un caballo; » y ¿ es mas racional la lógica con que un Honynnhnm transatlántico desecha toda superioridad, apoyándose en que « un hombre es un hombre? »

Ese cuento justifica la respuesta de Talleyrand á Napoleon, cuando le preguntó qué pen-

saba de los Anglo-Americanos : « Sire, ce sont de fiers cochons, et des cochons fiers. » (\*)

(\*) Señor son unos fieros cochinos y unos cochinos fieros.

